

COLÓN COMO HOMBRE Y COMO DESCUBRIDOR

En la página 214 hemos consignado que los diversos juicios emitidos sobre la personalidad de Colón diferían notablemente unos de otros; pues así como algunos historiadores le consideran como un hombre excepcional cuya grandeza de espíritu y carácter le elevaba entre todos sus contemporáneos, otros, por el contrario, le juzgan con excesiva dureza pintándolo como un hombre cruel, ambicioso y avariento y de aptitudes poco notables.

En la citada página hicimos observar que, á juicio nuestro, debe de buscarse la verdad en un término medio.

Estudiando el carácter del almirante, vemos en primer lugar que su rasgo distintivo era un gran fanatismo religioso, que debía sin duda su origen al estudio de las obras de los Padres de la Iglesia y otras por el estilo, de las que se ocupaba minuciosamente al reunir el material de argumentos que debía de apoyar sus teorías. Frecuentando mucho el trato eclesiástico, estando desde que llegó á España bajo la influencia clerical, y siendo deudor á ésta de gran parte de la realización de sus proyectos, fué convenciéndose poco á poco á sí mismo de que la Providencia le había elegido por instrumento suyo para realizar ciertas profecías contenidas en la Biblia.

Se comprende, por lo tanto, que habiendo visto coronados de éxito sus planes, esta idea religiosa tomara cuerpo en su imaginación de día en día hasta convertirse en idea fija.

Ya hemos mencionado anteriormente que expresaba su creencia con aquella mística colocación de letras con que acostumbraba á firmar sus cartas. También existen escritos suyos en los que declara terminantemente ser un enviado de la Santísima Trinidad, cuya misión era llevar el Cristianismo hasta los confines del mundo. Este convencimiento transmitióse también á otras personas, habiendo no pocos entre sus contemporáneos que participaban de su creencia y opinaban que Colón había realizado al pie de la letra las predicciones bíblicas referentes á la propagación del Cristianismo.

Un profundo sentido religioso se ve impreso en innumerables acciones

del almirante. En todas cuantas partes desembarcaba para tomar posesión de territorios nuevamente descubiertos, precedían á estos actos mundanos oraciones y cánticos piadosos, y generalmente mandaba alzar alguna cruz en aquel sitio. También era aficionado á vestir una especie de hábito que, por su corte y color, recordaba el de los Franciscanos. Si los barcos estaban en peligro, se hacían votos y promesas de peregrinaciones.

La arraigada fe que tenía en su divina misión, el completo convencimiento de que sus teorías debían descansar sobre verdaderos hechos, fueron el fundamento de aquella sin igual perseverancia con que mantuvo en pie sus proyectos y pretensiones años enteros á pesar de la indigencia é inquietudes, logrando al fin la realización de sus deseos. Esta firmeza y perseverancia, y la inusitada energía que demostró en sus viajes, principalmente en el primero y en el último, son los rasgos más imponentes del carácter del genovés, y que le asegurarán para siempre la admiración del mundo entero.

No puede desconocerse tampoco que la ambición era otro rasgo del carácter de Colón; mas ¿quién puede reprocharle esto? ¿no es acaso la ambición, en mayor ó menor escala, el distintivo característico de todos los grandes hombres, y uno de los más poderosos estímulos de la humanidad que impulsa de continuo á las naturalezas vigorosas á nuevas empresas, y que ha contribuido en gran parte al actual encumbramiento de la misma?

También se ha tachado á Colón de avariento por haber reclamado para sí la recompensa de 10,000 maravedises anuales, prometidos por el rey á aquel que fuese el primero en divisar tierra en la primera travesía occidental, en vez de cedérsela al marinero Rodrigo de Triana.

Washington Irving opina que no fué la codicia, sino la ambición de haber sido el primer descubridor de la Tierra por él buscada, la que impulsó al almirante á reclamar para sí el premio por haber sido el primero que vió por la noche la luz delatadora de cercana tierra.

Por más que sea imposible resolver con seguridad este problema, se nos figura que en ninguna de las cartas y escritos que se conservan del almirante hay el menor indicio que revele el codicioso carácter de éste. Habla, por el contrario, en favor suyo la circunstancia de haber tratado siempre de impedir que los indios fuesen explotados por su gente, ordenando á ésta que diese á los indígenas, en cambio de las pepitas de oro que les ofrecían, objetos de valor un tanto aproximado á éstas, y además que, siendo muy mala su situación pecuniaria, tomase á su cargo el pago de los jornales de las gentes que le habían acompañado en su último viaje sin tener grandes probabilidades de reembolsarse esta suma. Ir-

ving menciona también que Colón había dado importantes cantidades para los pobres de su ciudad natal, como también para otros fines benéficos y piadosos.

El reproche más duro que se ha hecho á Colón es el de haber iniciado la idea de aprovechar para esclavos á los indígenas del Nuevo Mundo, originándoles con esto, en vez del bienestar, indecibles miserias, perdición y muerte.

De este reproche sólo una pequeña parte puede tocar á Colón.

Poco después de la fundación de la primera colonia en tierra americana, comprendió que los europeos, que no estaban acostumbrados á aquel ardiente clima, no podrían soportar grandes trabajos en el campo ni en las minas sin notable detrimento de su salud. No halló, por lo tanto, mejor remedio á este mal que utilizar á los indios para los trabajos más precisos, pues estando perfectamente aclimatados podrían hacerlo sin temor á malas consecuencias. Si más tarde Colón propuso al gobierno español la exportación de esclavos á Europa, hay que reproducir el párrafo que trata de ello para comprender los motivos que le impulsaban á hacerlo.

Según el dicho párrafo, fué Antonio de Torres el enviado por Colón á los monarcas castellanos en el año de 1493 para hacerles la siguiente proposición:

«Diréis á sus altezas, que ya que no conocemos ningún idioma por medio del cual podamos instruir aquí á esta gente en nuestra sacrosanta religión como desean sus altezas y nosotros, les enviamos dos barcos con hombres, mujeres, muchachos y muchachas procedentes de las Caníbales (Caribes). Sus altezas elegirán entre ellos los que les parezcan más á propósito para hacerlos instruir en nuestro idioma, y estamos seguros de que tratarán á éstos mejor que á otros esclavos para que aprendan con más facilidad....»

»Como las islas de los caníbales son las más grandes y pobladas, nos ha parecido lo más conveniente enviar indígenas de ellas á Castilla á fin de que olviden la bárbara costumbre de comerse á sus semejantes. Una vez que conozcan el idioma español desearán mucho antes ser bautizados, asegurando de este modo la salvación de su alma; además que con esto se hará un beneficio á aquellos pueblos que no tienen costumbres tan crueles, pues verán que hemos cogido y llevado prisioneros á aquellos que les han hecho tanto daño, y de los que se asustan tanto que su solo nombre les llena de terror....»

»El interés de las almas, tanto de estos caribes como de los demás indígenas, nos sugirió el pensamiento de que cuanto más léjos se les enviase mejor sería para todos. Por lo tanto creo que ya que aquí se necesitan tantos rebaños de animales domésticos para el sustento y para los trabajos del

campo, deberían enviar sus altezas anualmente aquí un cierto número de carabelas cargadas con rebaños de los expresados animales y otras cosas para poblar estos países y hacer producir el suelo. Estos rebaños serían vendidos á un precio módico por cuenta del naviero, y podrían pagárseles con esclavos adquiridos de entre los caníbales; estos salvajes, una vez que hayan perdido la costumbre de comer carne humana, se convertirán en los mejores esclavos. Cuando se veán separados violentamente de su patria dejarán de ser crueles. Por medio de botes de remo será fácil proporcionarse gran número de estos caníbales. Se comprende desde luego que en cada una de las carabelas irá una persona de confianza de sus altezas, la cual impedirá que toque el barco en ninguna otra isla, excepción hecha de esta en que estamos, en la cual embarcará y desembarcará los efectos que transporte» (1).

Por estas palabras se deduce que Colón pensaba cubrir una parte de las necesidades de las colonias con la venta de esclavos, pero también quería arrancar violentamente á los caribes de sus crueles costumbres, y, transportándolos á España, hacerlos entrar en el camino de la civilización. Al mismo tiempo creía alejar con esta medida el constante peligro que creaban los caníbales á todas las islas índico-occidentales.

No puede negarse cierta parte de razón á estos proyectos, considerando al propio tiempo que Colón era un hombre de su época que tenía creencias muy distintas respecto á la esclavitud que nosotros los hijos del siglo XIX. La esclavitud era entonces cosa corriente en España; en los mercados de Sevilla, Granada y Málaga se vendían á millares moriscos prisioneros, y de Africa traían barcos cargados de negros á Europa para venderlos del mismo modo. Se comprenderá la diferente apreciación de aquel tiempo con éste sobre esta materia, al ver que cuando la escrupulosa reina Doña Isabel preguntó si no era una injusticia vender á los indios como esclavos, muchos de los más distinguidos teólogos y jueces abogaron por la esclavitud.

Indudablemente, es muy característico para las extrañas ideas de aquel tiempo que precisamente el obispo Las Casas, que era el enemigo más acérrimo de la esclavitud india, propusiese á los reyes de España que se exportasen negros del Africa á las Indias Occidentales. Si creía con esto Las Casas aliviar la situación de los indios, no pensó en cambio que los negros eran también seres humanos lo mismo que aquéllos.

Que la proposición del obispo fué aceptada es universalmente sabido, empezando entonces aquel vergonzoso tráfico humano, á consecuencia del cual miles y miles de negros fueron arrancados del suelo patrio para sufrir

(1) Fr. Pr., *Los viajes de Colón*, páginas 119 á 120.

en el Nuevo Mundo las mismas crueldades que habían tenido que soportar los indígenas. Sólo que el resultado final fué distinto, pues mientras los primitivos habitantes sucumbieron ó fueron dispersados, los negros, más robustos, se sublevaron muy á menudo contra sus crueles opresores, suscitándose sangrientos combates que ponían en peligro la seguridad del Estado. No sin razón dice Ruge que es muy extraño que precisamente la primera colonia fundada por los españoles, llamada Española, cayese por completo trescientos años más tarde en poder de los negros y los mestizos.

Si bien Colón dió la idea de utilizar á los indígenas de América como esclavos, no fue él seguramente el autor de las atrocidades que se cometían ya en su tiempo y más tarde por los españoles, y que aún hoy día despiertan, y con justicia, la indignación de toda recta conciencia. No hay ningún hecho cruel que se achaque á Colón, sino que, por el contrario, numerosos ejemplos atestiguan que se afanaba constantemente por atraerse y conservar la benevolencia de los indígenas, presentándose á ellos con dulzura y amabilidad. Que á éstos les inspiraba muchísima más confianza que todos los demás, se deduce del hecho de que al aproximarse á La Natividad en su segundo viaje no se atrevieron los enviados del cacique Guacanagari á acercarse á los barcos hasta que hubieron reconocido el rostro del almirante.

También las aptitudes del genovés como virrey y gobernador han sido sometidas á la más acerba crítica. En algunas biografías del almirante se expresa la opinión de que si fué destituido de todas sus dignidades fué por haber reconocido la corte de España su debilidad como gobernador. Según nuestra opinión, ofreciéronsele á Colón muy pocas ocasiones de demostrar sus cualidades sobre este punto. Viajando casi continuamente, raras veces fué dado tomar la iniciativa en el momento decisivo; pero que no le faltaba energía lo demuestra el hecho de haber logrado sofocar la gran insurrección india de los súbditos de Caonabo.

Las proposiciones que hacía referentes á la fundación de las colonias son en alto grado prácticas y correctas, y demuestran que tenía suficientes buen criterio y habilidad para el alto cargo que ejercía. Las ideas que expresa en sus cartas demuestran que tenía en el cerebro todo un plan completo de colonización del país, pues pensaba establecer un ordenado cambio de artículos con los indígenas, fundar puertos y ciudades, llevar á aquellos países habilidosos industriales, é introducir y aclimatar toda clase de animales y plantas útiles. No era como ninguno de aquellos conquistadores que le sucedieron, que sólo pensaban en saquear á viva fuerza el país para abandonarle después de su destrucción y continuar su camino, pues deseaba, por el contrario, erigir un grande y bien ordenado reino cuyos rendimientos fuesen poco á poco beneficiando á la madre patria.

¡Feliz España si le hubiera sido dado llevar á la práctica todos sus planes!

Pero los voraces hidalgos no se paraban á pensar en la riqueza que podría reportarles el tráfico del algodón, maderas finas y otros productos de los nuevos países descubiertos: estaban sedientos de oro, perlas y piedras preciosas; y como esto no lo hallasen en seguida, despreciaban las ganancias, afanes y conquistas del almirante. Las gentes que le habían seguido para enriquecerse sin trabajar en el Nuevo Mundo, viéronse desilusionadas al comprender que tampoco allí podía alcanzarse la riqueza sino á fuerza de rudo trabajo. Con sus continuas reyertas y agitaciones impedían el florecimiento de las colonias, y después se valían de esta circunstancia para desacreditar al almirante como gobernador.

El que la isla Española se encontrase casi á la continua en estado de agitación y de desorden, no se debe achacar á la mala administración del almirante, y sí al turbulento y ambicioso carácter de los aventureros y caballeros de industria que la invadían. La ulterior historia de América ha demostrado plenamente que la época de las agitaciones y desórdenes no se limitó sólo al corto período del régimen administrativo de Colón, sino que este espíritu revolucionario lo llevaban profundamente arraigado en la sangre; porque ¿caso la historia de esas colonias españolas es otra cosa que una casi no interrumpida serie de traiciones é insurrecciones? ¿Y qué otra que esta nunca terminada revolución es la causa de que aquellos países en un tiempo españoles, y que aun conservan elementos de éstos, no hayan alcanzado todavía el puesto que estaban destinados á ocupar por los ricos dones con que les había dotado la naturaleza?

No hay que desconocer que Colón demostró gran debilidad en las negociaciones con el rebelde Roldán, accediendo á firmar un tratado de paz vergonzoso para él en alto grado. Mas ¿quién es capaz hoy día de juzgar las circunstancias que obligaron al pobre hombre, enfermo y medio ciego, á restablecer la paz á cualquier precio?

No han sido menos duramente criticadas las aptitudes del almirante como marino que como gobernador.

Breusing, en la pág. 193, t. II, correspondiente al año de 1881, de la *Revista contemporánea para la Geografía científica*, dice lo que sigue: «En el diario de Colón no se ve consignado durante toda la travesía por el Océano ni un solo grado de latitud, y los que ha anotado refiriéndose á la India Occidental son tan enormemente dispares, que ya llamaron la atención en su época. En la costa de Cuba, por ejemplo, consigna una latitud de 42° en vez de 21°.»

El doctor Sophus Ruge observa: «¿No tienen en parte la culpa los pocos precisos datos de Colón, así como su incapacidad para determinar los

grados astronómicos, de que aún no estén acordes hoy día los eruditos acerca de la isla en que por primera vez pisó el suelo del Nuevo Mundo? Como fiaba más en la carta geográfica de Toscanelli y otros, referente á las dimensiones de Cipangu, que en su propia experiencia, creyó que la isla Española era tan grande como toda España, y colocó la costa septentrional de la Gran Antilla bajo el grado 40 de latitud.»

El profesor Fr. Gelcich, en los *Anales de la Junta de Geología de Berlín* (1), rompe una lanza por Colón en sus *Apuntes para la Historia de la época de los descubrimientos* haciendo las preguntas siguientes: «¿Cómo estaban organizados en tiempo de Colón los conocimientos náuticos de las diferentes naciones? Y sobre todo, ¿qué servicios hubiera podido prestar Colón referentes á la dirección náutica?»

De esta defensa, hábilmente llevada á efecto, sólo podemos reproducir algunos párrafos, y por lo tanto recomendamos á aquellos de nuestros lectores que quieran ocuparse con más amplitud en esta interesante cuestión, lean los mencionados apuntes.

«Aparece justificada en alto grado, dice el profesor Gelcich, la queja de que no haya anotado Colón durante su primer viaje ni un solo grado de latitud en el mar. Pero, á pesar de no constar en el extracto de Las Casas, no por eso debemos deducir que la escuadra haya navegado completamente á la ventura. El diario contiene párrafos que necesariamente exigen se mencione el grado de latitud. Por ejemplo, el 25 de septiembre conferenciaron Colón y Pinzón acerca de la situación que ocupaba el barco, consultando la carta geográfica de Toscanelli. Admiráronse de no haber hallado la isla que colocaba el florentino á la mitad de la travesía, achacando esta circunstancia á la marcha contraria de la corriente. Aquí, por lo tanto, estaba en su lugar, y hasta era natural la anotación de los grados de latitud á que se encontraban, mucho más teniendo que hacer constar si existía ó nó dicha isla. *Mas indudablemente Las Casas no ha dado valor alguno á los grados de latitud marítima. No les dió importancia alguna durante el viaje, y estamos persuadidos de que el modo de tratar el diario no haría más que confirmar nuestra versión.*

»Las Casas no ha sospechado que sus breves extractos habían de originar más tarde reñidas controversias y problemas de difícil solución. Los grados de latitud en el mar, así como toda la travesía marítima, parecieron cosas sin importancia alguna, y la única vez que hace una observación referente á esta última, el 3 de febrero de 1493, no la hace acerca de la latitud, sino sólo para demostrar el estado del mar. *Sólo desde el mo-*

(1) Tomo XX, pág. 295.

mento que llegaron á Guanahani comprende Las Casas la necesidad de entrar en más detalles; entónces se hace necesaria la determinación geográfica de los lugares para poder diseñar la carta de los nuevos países descubiertos á orientarse en los mismos, y desde este momento precisa más escrupulosamente los datos de Colón.»

Después que el autor citado aduce diferentes pruebas de que Colón hacía muchas observaciones en el mar, continúa así: «Por regla general todos los datos de latitud de Colón concuerdan mal, y en manera alguna puede ser considerado como un buen observador. Aquí puede hacerse la objeción de que eran muy incompletos los instrumentos que poseía.»

En lo referente á la falsa anotación de la latitud de la isla de Cuba, señalada bajo los 42°, observa Gelcich lo siguiente: «Puede haber sido una errata de Colón, ó quizá fuese tan ilegible su letra que Las Casas la haya descifrado mal, pues tenemos motivos para creer que no es posible que Colón haya podido suponer que se hallaba en latitudes tan altas como las indicadas, según se deduce de lo siguiente. El 13 de octubre anotaba el almirante que la latitud de los nuevos países descubiertos era igual á la de Ferro, 28°, y el 15 de febrero de 1493 decía que la Española debía estar situada bajo los 26°.

»Esto basta, á nuestro parecer, para confirmar nuestra opinión; pero tenemos aún otros motivos para afirmarnos en ella. Al regresar de su primer viaje navegó el descubridor en dirección Norte hasta llegar á las regiones de los vientos variables, volviendo después con rumbo al Este. El 3 de febrero parecióle tan alta la estrella polar como si estuviese en el cabo de San Vicente.

»No podemos admitir que creyese que estaba situada Cuba bajo el grado 42, cuando después de una travesía bastante larga hacia el Norte apreciaba la posición del barco igual á la del mencionado cabo de San Vicente. Pero retrocedamos más todavía. El 13 de octubre de 1492 dice que se hallaba próximamente bajo el grado 28 (1). Desde este día hasta el 30 de octubre timoneó siempre hacia Mediodía, exceptuando una sola vez. El problemático dato de los 42° de latitud se encuentra consignado en el 30 de octubre. ¿Es, por lo tanto, posible que un marino, por ignorante y torpe que sea, después de este curso y habiendo consignado á su partida de Guanahani que estaba situada á los 28°, como asimismo al llegar á la Española que estaba á los 26°, consignase un punto intermedio en los 42°?

»No; ni siquiera un grumete es capaz de creer esto, y no es justo, por lo tanto, que se rebajen de tal modo los conocimientos náuticos del descubridor.»

(1) Guanahani, Watling Island, está situada bajo los 24°.